

LAS CORRIENTES FUNDAMENTALISTAS EN EL MAGREB Y SU INFLUENCIA EN LA POLÍTICA DE DEFENSA

Por JOSÉ UXÓ PALASÍ

General de brigada de Infantería, EM

En el verano del año 1989 se publicaba en la revista norteamericana *The National Interest* un largo y denso artículo firmado por Francis Fukuyama, director adjunto de la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado USA y antiguo analista de la RAND Corporation. Dicho trabajo se titulaba *¿El fin de la Historia?* y constituía una amplia y profunda reflexión sobre el desarrollo de los acontecimientos que el mundo venía soportando a lo largo del último decenio.

Su autor destacaba que ante tales acontecimientos no queda más remedio que pensar que algo fundamental ha ocurrido en la Historia mundial. Se refiere, naturalmente, a las circunstancias tan especiales que estaban dándose principalmente en Europa y que transformaban todos los planteamientos de carácter geopolítico y geoestratégico que habían dominado el escenario de las relaciones internacionales desde el desenlace final, en el año 1945 de la Segunda Guerra Mundial.

El inicio de los años ochenta había traído a la Europa del Centro y del Este una serie de temas polémicos como pueden ser, en un ligero resumen indicativo, la pugna entre el Este y el Oeste por la que se denominó la «batalla de los euromisiles» como consecuencia de la «doble decisión» adoptada por la OTAN y la presencia de fisuras en el bloque soviético a cuenta del incremento de las tendencias nacionalistas, especialmente en Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

El acceso al poder en la Unión Soviética de Mijail Gorbachov, en el año 1985, con la inmediata implantación de toda una serie de reformas inspiradas en la titulada *perestroika* produjo un progresivo ambiente de distensión y cambio que propició la aparición de una imagen optimista de la nueva situación general que hacía suponer la inminente proximidad de una victoria del liberalismo económico y político sobre las viejas tesis comunistas que imperaban en la Unión Soviética.

Un optimismo que se prestaba fácilmente a la utopía y en el que se basaba un párrafo del ensayo de Fukuyama al que nos estamos refiriendo. Era, prácticamente, un lema y una previsión de futuro que habría de ganar en breve tiempo una inmerecida popularidad. El párrafo dice así, literalmente:

«Es posible que lo que estamos presenciando no sea simplemente el final de la guerra fría o el ocaso de un determinado período de la historia de la posguerra, sino “el final de la historia” en sí; es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental, como forma final de gobierno humano».

Pocas semanas después de aquel verano en que se había publicado el artículo señalado, la dinámica de la historia europea entraba en una desaforada aceleración de sucesos que se iniciaban —en los primeros días del mes de noviembre del año 1989— con una enfurecida explosión del ambiente popular que habría de producir la fulminante destrucción del muro de Berlín y que habría de traducirse en el subsiguiente hundimiento de un mundo comunista que, hasta aquel momento, había permanecido suficientemente estabilizado con una actitud pública de carácter oficial notoriamente sumisa a los dictados de Moscú.

La crónica política de un diario madrileño ponía de relieve que el orden internacional hasta entonces vigente en Europa parecía fundarse en procesos previsibles, en cambios correctamente pactados y programados. Cambios que podían ser objeto de observación, análisis y estudio, como el que acababa de realizar el norteamericano Francis Fukuyama.

Sin embargo, se había producido el triunfo de lo imprevisto. Una llamativa anécdota demostraba irrefutablemente tal afirmación (1). El día 8 de noviembre del año 1989, nada menos que el presidente de la República francesa François Mitterrand había hecho este vaticinio en una declaración radiofónica: «Espero que las gentes de mi generación puedan todavía ver

(1) DARIO VALCÁRCEL. El triunfo de lo imprevisto. ABC. Madrid, 23 de enero de 1990.

algún día la caída del muro que separa a los dos Estados de la nación alemana». Ese «algún día» llegó, en efecto: veinticuatro horas después.

Con todo ello, los factores que, desde un punto de vista estratégico, constituían la base de los razonamientos de carácter militar vigentes hasta aquellos momentos eran objeto de la rápida introducción de un considerable número de variantes.

La más importante de todas ellas era la representada por la aparición de una creciente e incómoda sensación de que el mundo occidental, y la OTAN, en particular, se habían quedado sin enemigo. El propio presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor norteamericano, general Colin Powell, había manifestado con un estilo presuntamente jocosos que «me estoy quedando sin demonios» (2).

Algunos comentaristas llegaron a aceptar una interpretación de los hechos —posiblemente demasiado simplista y apresurada— según la cual «vivimos un período histórico caracterizado por una profunda transformación del concepto de seguridad».

Es una interpretación que merece detenernos en ella, aunque sea brevemente.

La política de defensa y el concepto de seguridad

El ordenamiento legal español define la Defensa nacional como la «disposición, integración y acción coordinada de todas las energías y fuerzas morales y materiales de la nación ante cualquier forma de agresión». Por su parte, será la política de defensa la encargada de determinar los objetivos propios de esta Defensa nacional, a la vez que dirigirá y administrará las energías y los esfuerzos señalados de forma que «constituya un conjunto armónico que proporcione una efectiva "seguridad" nacional» (3).

De una manera esquemática podría decirse, por lo tanto que el término «seguridad» se refiere a unos fines a alcanzar mientras que el de «defensa» considera los medios necesarios para conseguirlo, quedando así perfectamente interrelacionados ambos términos en una forma muy concreta. Es lo que hace ya muchos años subrayó el primer director del CESEDEN, teniente general González de Mendoza, cuando escribía que «la Defensa nacional tiene como misión filosófica la seguridad nacional».

(2) FELIPE SAHAGÚN. Las nuevas doctrinas militares. *El Mundo*. Madrid, 30 de enero de 1992.

(3) Ley Orgánica 6/1980, de 1 de julio. Artículos 2, 3 y 4.

A nuestros efectos, nos interesa fijar inicialmente cuál debe ser la noción de «seguridad» que adoptemos para que sobre ella podamos realizar cuantas consideraciones estimemos necesarias en relación con los factores que, en el momento presente, la condicionan con carácter fundamental.

Todo ello para poder determinar con suficiente precisión si es cierto, o no, que se ha producido una transformación de su concepto básico tradicional como afirman algunos tratadistas. Afirmación que, por sí sola, constituye el motivo que nos ha introducido en las presentes puntualizaciones.

En su interpretación más elemental, el término «seguridad» se refiere a una forma confiada y tranquila, sin temores ni recelos que preside cualquier tipo de actividad humana. En este sentido, es amplio y unánime el acuerdo general sobre su concepción abstracta.

Los desacuerdos en el detalle surgen cuando se trata de establecer su determinación referida de forma concreta y práctica al caso de la seguridad nacional. En fecha relativamente reciente se ha publicado un interesante artículo que realiza un breve aunque suficiente seguimiento de las diversas definiciones que se han venido dando, en los últimos años, de este aspecto específico de la «seguridad» (4). Como resumen de todas ellas, su autor expone la que vamos a adoptar como base de partida indispensable. Puede formularse, sí: seguridad nacional es la condición que «garantiza los intereses y objetivos nacionales contra todo potencial riesgo, inestabilidad, amenaza o agresión».

En nuestro tiempo de alianzas múltiples puede tener también un especial interés el conocimiento de una definición del concepto de «seguridad» que sea más amplio, todavía, que la de amplitud meramente nacional. Hemos elegido la que bajo el lema de seguridad colectiva figura en un glosario de términos geopolíticos (5) que se redactó bajo la dirección del profesor Soppelsa, del Instituto Nacional Superior de Estudios de la Defensa, de París, por ser un texto suficientemente conocido en el ámbito internacional. En él se dice que este concepto supone «un sistema político internacional basado en la mutua garantía entre Estados contra toda agresión, y en la promoción de medios pacíficos como procedimiento para resolver los eventuales contenciosos».

Del análisis de ambas definiciones de «seguridad» —referida la primera a la seguridad nacional y la segunda a la seguridad colectiva— se deducen, inmediatamente, varios elementos básicos a tener en cuenta.

(4) JESÚS ARGUMOSA. La política de seguridad española. *Revista Ejército* núm. 622. Madrid, noviembre 1991.

(5) Bajo la dirección de J. SOPPELSA. *Lexique de géopolitique*. Éditions Dalloz. París, 1988.

En primer lugar, la permanencia de potenciales peligros que pretendan anular la condición de seguridad imperante en un colectivo determinado. No pueden descartarse, por lo tanto, las tensiones en el mundo en que vivimos.

Inmediatamente, la necesidad de promover medios pacíficos para resolver eventuales contenciosos. Sin olvidar, sin embargo, que la «seguridad» debe garantizar los intereses y objetivos nacionales. Debe establecerse un sistema de garantía mutua.

De la agresión al riesgo

La palabra «agresión» ha figurado en todos los aspectos que, hasta el momento, hemos venido considerando en las páginas anteriores en relación con los conceptos de «defensa» y de «seguridad». Sería bueno fijar con la mayor exactitud posible su significado.

Entre las acepciones que el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* atribuye a esta palabra, hay una que refleja la dinámica propia de las relaciones internacionales y con la que, de una forma inmediata, creemos sentirnos plenamente de acuerdo: «ataque armado de una nación contra otra, con violación de derecho».

Sin embargo, aunque sólo sea intuitivamente, creemos que tal acepción peca de falta de matices. También la Asamblea General de las Naciones Unidas debió sentir la necesidad de clarificar este concepto cuando estimó necesario designar una comisión encargada de redactar una definición lo más completa posible del término. Aunque parezca anecdótico debe hacerse constar que pasaron varios años antes de que, en el mes de diciembre del año 1987, pudiera quedar establecida. La «agresión» quedó definida como: «empleo de la fuerza armada de un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado»; y añadía inmediatamente «o cualquier otra forma incompatible con la Carta de las Naciones Unidas».

Quedaba sentado, con el alto respaldo de las Naciones Unidas, que la «seguridad» no se refiere únicamente a un tipo de garantía mutua frente a una acción de carácter exclusivamente militar, sino frente a la de cualquier tipo que sea incompatible con la Carta de las Naciones Unidas.

Por otra parte, estrechamente ligado al concepto de «agresión» así definido figura constantemente el término «amenaza». Este es un término genérico, menos incisivo que el de «agresión», que cubre todo aquello que, directa o indirectamente, pueda poner en peligro a un país, a sus ciudadanos o a sus

intereses. Y hay que poner enseguida de relieve que la percepción de la «amenaza» puede ser tan importante como su realidad objetiva.

Será, en todo caso, la sombra de las «amenazas» la que pueda variar o cambiar el grado de peligrosidad que representan por sí mismas. No es, pues, el concepto de «seguridad» el que sufre variaciones:

«La “seguridad” es un concepto permanente, invariable, sujeto a interpretaciones e imprescindible para una racional organización y desarrollo de una nación» (6).

En el pasado mes de diciembre el general John R. Galvin, Comandante Supremo Aliado en Europa (SACEUR) escribía que la guerra fría había quedado atrás.

«Pero nos ha dejado un peligroso legado de problemas nacionales e internacionales que se reflejan en la falta de “estabilidad”. Esta inestabilidad plantea serias dudas sobre el momento y el lugar en que estos “riesgos” pueden desembocar en crisis o amenazas militares. De hecho es más probable que dichos riesgos surjan más a causa de las consecuencias derivadas de la inestabilidad que de una agresión calculada» (7).

Eran dos términos, «estabilidad» y «riesgo», que tomaban el relevo de los clásicos «amenaza» y «agresión».

Cuatro términos que, en última instancia, han quedado comprendidos en la definición de «seguridad nacional» que como base de partida básica habíamos aceptado para nosotros al iniciar estas consideraciones.

Inestabilidad en el Mediterráneo

Una inercia estratégica de carácter marcadamente continental había concedido al espacio mediterráneo, durante la época de la guerra fría entre el Este y el Oeste, una misión operativa de carácter marcadamente secundario dedicada casi exclusivamente a guardar el flanco sur del despliegue centroeuropeo de la OTAN.

Sin embargo, los ya señalados acontecimientos que se están viviendo en toda el área europea que estuvo sometida al dominio soviético, incluida la propia Unión Soviética, han permitido fijar la atención en otros factores

(6) FRANCISCO OBRADOR. Seguridad. *Revista General de Marina*. Madrid, diciembre 1991.

(7) General JOHN R. GALVIN. De la defensa inmediata a la estabilidad a largo plazo. *Revista de la OTAN*. Bruselas, diciembre 1991.

geopolíticos totalmente vigentes en el espacio mediterráneo y que habían venido quedando enmascarados —hasta cierto punto— ante la gravedad que tenía la anterior amenaza de una posible agresión soviética directa, contra el mundo occidental.

Se ha dicho, y no sin razón, que el vacío comunista lo están llenando los nacionalismos exaltados y los extremismos religiosos.

En el concreto ámbito mediterráneo a que ahora nos referimos fueron las elecciones municipales de Argelia, celebradas en el mes de junio del año 1990, las que proyectaron a la máxima popularidad de los medios de comunicación internacionales un hecho que, al parecer, había pasado inadvertido para el gran público europeo: la posibilidad de que en la orilla sur del Mediterráneo —dentro de lleno en nuestra órbita más próxima de intereses nacionales de todo orden— se produjese el triunfo arrollador de una opción fundamentalista islámica, de carácter específicamente extremista, introducida entre las diversas tendencias políticas internas imperantes en el mundo árabe —y más concretamente en el ámbito magrebí— con lo que ello podría representar para la estabilidad del costado meridional de nuestro continente, tanto desde el punto de vista estratégico como desde el político, social o económico.

Este descartado riesgo de inestabilidad caló inmediatamente en los organismos encargados de elaborar las políticas de defensa tanto de los países europeos ribereños directamente afectados como de los propios de la Alianza Atlántica:

En la reunión del Consejo del Atlántico Norte celebrada en Roma del 7 al 8 de noviembre del año 1991 quedó aprobado un documento con el título de «Nuevo concepto estratégico de la Alianza» al que pertenecen los siguientes párrafos:

- «La amenaza monolítica, masiva y potencialmente inmediata que fue el motivo de preocupación fundamental de la Alianza a lo largo de sus primeros cuarenta años ha desaparecido. No obstante sigue vigente una buena dosis de incertidumbre sobre el futuro y las amenazas contra su seguridad».
- «Contrariamente a la amenaza predominante en el pasado, los riesgos que aún pueden poner en peligro la seguridad de los aliados son multidireccionales y complejos lo que los convierte en más difíciles de prever y de analizar».
- «La estabilidad y la paz en los países de la periferia sur de Europa son importantes para la seguridad de la Alianza y más aún si se tiene en

cuenta el crecimiento de la potencia militar y la proliferación de la tecnología armamentística en la zona».

- «Se tendrán en cuenta consideraciones regionales y en particular las diferencias geoestratégicas en el seno de la Alianza, incluidos tiempos de alerta más cortos..., y en el caso, específico del Sur la potencial inestabilidad y capacidades militares de las zonas vecinas».

En el caso particular de España, su política de defensa está marcada tanto por su participación activa en el diseño del sistema de seguridad en el Mediterráneo, como un aliado más de la OTAN, como por sus específicos intereses geoestratégicos en el marco del Mediterráneo Occidental y el estrecho de Gibraltar.

España es un país que influye en el Mediterráneo y está influido por todas las circunstancias que en su ámbito concurren. El Magreb está a la vista de nuestras costas meridionales. España —en la orilla norte del estrecho de Gibraltar— no puede ignorar que, desde una consideración geográfica confirmada por la realidad histórica, constituye un único conjunto geoestratégico con los países africanos situados en la orilla opuesta. La estabilidad de la zona, por lo tanto, es del mayor interés para España.

Tales realidades no pueden ser olvidadas en ningún caso. La Junta de Defensa Nacional que en el mes de febrero pasado se reunió en Madrid para aprobar la nueva Directiva de Defensa nacional que dará origen a un nuevo Plan Estratégico Conjunto consideró ampliamente el problema de la inestabilidad en el Magreb, relacionándolo además de una forma intrínseca con el planteamiento de la seguridad colectiva que liga la propia con la de nuestros aliados en la OTAN.

La señalada inestabilidad se traduce siempre en un factor de inseguridad. Si en el panorama europeo hemos aceptado que el peligro comunista ha sido sustituido por los nacionalismos exagerados y los extremismos religiosos, en el ámbito del Magreb es necesario puntualizar con algún mayor detalle los factores geopolíticos que hoy día originan un determinado riesgo de inestabilidad o, por lo menos, tienen la posibilidad de provocarlo.

Los factores de inestabilidad en el Magreb

Uno de los elementos básicos a tener en cuenta a la hora de diseñar una política de defensa es el conocimiento, lo más completo posible, de quien puede ser nuestro adversario.

En el ámbito magrebí, como zona muy característica del conjunto mediterráneo, se presentan una serie de problemas que inciden en forma muy destacada en las previsiones de futuro que pueden hacerse sobre la evolución de la vida política, social y económica de los Estados que componen esta región.

En primer lugar, «los que se desprenden de su adscripción al mundo árabe», sujeto pasivo de las potencias colonizadoras europeas durante muchos años. Las élites árabes occidentalizadas que pudieron contemplar en Europa avances materiales, sociales y políticos evidentes que les eran negados, en la práctica, a sus pueblos crearon un sentimiento nacionalista fuertemente reivindicativo de su independencia que fue agrandándose en las violentas luchas mantenidas hasta conseguir la descolonización.

Después de la Segunda Guerra Mundial, líderes como el argelino Huari Bumedian o el libio coronel Gaddafi introdujeron en sus doctrinas políticas el fermento de un individualismo nacionalista que llevó a enfrentarse violentamente no sólo con sus antiguos dominadores sino también con sus vecinos inmediatos. Este antagonismo de carácter interno, que se sobrepone constantemente al supuesto hermanamiento de todos los pueblos árabes bajo la denominada política «panarabista», constituye un permanente origen de pérdida de la estabilidad regional.

A lo largo de los últimos decenios el indicado nacionalismo ha vivido dos fases completamente diferenciadas. En la primera dominó el carácter político derivado de las recientemente conseguidas independencias nacionales; fue la época del liderazgo absoluto del egipcio Gamal Abdel Nasser sobre todo el mundo árabe en ebullición. Le siguió una segunda etapa en la que primaba el declarado propósito de alcanzar una mayor autonomía en la gestión de sus recursos económicos; su líder fue el argelino Huari Bumedian.

Ambas fases, de carácter marcadamente «panarabista» fracasaron en sus planteamientos básicos y produjeron, además, violentos enfrentamientos internos y un absoluto descalabro económico.

Un segundo factor a tener en cuenta se origina en la ya señalada tendencia agresiva en las relaciones exteriores del tipo de nacionalismo que se desarrolló en el Magreb. Esta tendencia ha producido una asombrosa «escalada en la política armamentista» de estos países, fundamentalmente en Libia, Argelia y Marruecos.

Basta una atenta consulta a las estadísticas dedicadas a reflejar la situación militar de los Estados magrebíes, tanto en cuanto al nivel numérico que han

ido alcanzando en años sucesivos sus Fuerzas Armadas, como a sus dotaciones de armamento y material o a la cuantía de sus gastos de defensa (8) para comprender y compartir la preocupación mostrada en el documento de la OTAN, ya citado anteriormente, «Nuevo concepto estratégico de la Alianza» al señalar el grave riesgo de desestabilización de la orilla sur del Mediterráneo:

«Si se tiene en cuenta el crecimiento de la potencia militar y la proliferación de la tecnología armamentista en la zona, incluidas las armas de destrucción masiva y los misiles balísticos capaces de alcanzar el territorio de algunos Estados de la Alianza».

Se hace necesario destacar, inmediatamente, un tercer factor de desestabilización «de tipo humano ligando al proceso económico de la zona» y que adquiere caracteres cada vez más graves y peligrosos: la demografía del norte de África.

El contraste entre las riberas norte y sur del Mediterráneo tiene una interesante correlación demográfica: es la que se ha calificado últimamente, con frase muy expresiva, como «la bomba demográfica».

Probablemente en ninguna región del mundo coexisten unos contrastes tan evidentes en este aspecto como ocurre en el Mediterráneo. Apenas unos centenares de millas marinas median entre Italia, actual líder universal de la baja fecundidad —con un promedio de 1,3 hijos por mujer en el año 1987— y su antigua colonia Libia, cuya fecundidad —más de 7 hijos por mujer— se encuentra entre las más elevadas del planeta. Las consecuencias de tal disparidad son tan fáciles de describir como difíciles de imaginar son sus implicaciones a largo plazo. Baste decir que, de mantenerse los actuales niveles, la población italiana vería disminuir su tamaño en un 6 por 100 en los próximos treinta años, mientras la de Libia se duplicaría en los próximos veinte.

El contraste entre Italia y Libia es extremo pero no excepcional. Lo mismo podría decirse, con caracteres algo menos marcados, de pares de naciones tan cercanos a nosotros y relacionados entre sí como Francia y Argelia o Marruecos y España.

De momento interesa destacar que la relación numérica Norte-Sur entre los pares bipolares España-Francia, por un lado, y Marruecos-Argelia, por otro, que en el año 1950 era de 3,91 ha pasado a ser de 1,9 en el año 1988 y se prevé que en el año 2025 quedará prácticamente nivelada en 1,06.

(8) *Balance militar*. Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1992 y anteriores.

Una consecuencia inmediata del diferente ritmo de crecimiento de las poblaciones de ambas orillas del Mediterráneo estriba en las diferencias que se están produciendo en las estructuras de las bandas de edad. En los países mediterráneos desarrollados, el porcentaje de la población joven, hasta los 14 años, oscila entre el 21 por 100 en Italia al 26 por 100 en España; mientras que en los países menos desarrollados del sur del Mediterráneo estos porcentajes alcanzan prácticamente el doble: 46 por 100 en Libia, en Argelia y en Marruecos. Sucede lo contrario en la banda de edades superiores a 64 años: del 11 al 14 por 100 en los países del norte mediterráneo; del 2 al 5 por 100 en los países de la orilla sur.

Esta demografía galopante de los países del Magreb que además carecen de posibilidades de expansión territorial útil por tener el desierto a espaldas de la breve franja terrestre costera es el origen de uno de los problemas más graves que afectan a la estabilidad del ámbito mediterráneo: la emigración masiva.

Del conjunto de países europeos de nuestro entorno más próximo, quizá el más afectado haya sido Francia que con una inmigración de origen norteafricano que sobrepasa los cuatro millones de trabajadores sufre en estos momentos las consecuencias de una agitación producida tanto por la falta de adaptación de la mayoría de tales inmigrantes como por la reacción contraria local de signo racista. El fenómeno también está alcanzando a España.

El problema reside sin embargo en que al endurecer las posibilidades de inmigración legal se incrementan las realidades de una emigración clandestina que convierte a los trabajadores extranjeros en verdaderos esclavos modernos de su empleador. Y que siembran en sus lugares de trabajo la semilla de una subversión inevitable.

Este factor, a la vista de los datos que se conocen, representa evidentemente uno de los elementos geopolíticos más importantes a tener en cuenta para el futuro. Es una variante muy llamativa de los que hasta ahora había venido llamándose la «amenaza Sur». Hay que ligarlo íntimamente con la falta de desarrollo de los países del Magreb y de la influencia que esta economía deficiente tiene sobre las políticas de defensa de tales Estados. No se insiste en este punto por haber sido ya desarrollado en un Cuaderno de Estrategia anterior (9).

(9) JOSE UXÓ PALASI y JORGE UXÓ GONZÁLEZ. *Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en sus respectivas políticas de defensa*. Cuaderno de Estrategia núm. 35. CESEDEN (IEEE). Madrid, 1991.

Íntimamente ligado al problema humano que acabamos de describir, aunque haya sido en forma somera, se encuentra un cuarto factor de desestabilización: «el extremismo religioso representado aquí por las corrientes fundamentalistas islámicas».

Existe en lo profundo del alma popular del norteafricano un sentimiento de frustración y angustia, por un lado, como consecuencia de la inutilidad que ha supuesto para ellos el período de colonización extranjera —que no trajo consigo fundamentales elementos de progreso social y económico para las masas de campesinos magrebíes— que se contrapone, por otro lado, con una estimable relación de confianza ilimitada con el nuevo despertar religioso que se ha producido en el ámbito islámico. El antiguo fundamentalismo, presente entre los árabes desde los mismos tiempos de Mahoma, ha vuelto a resurgir como tantas otras veces a lo largo de su historia. Es un ideal de redención implícito en la noción portadora de un gérmen reaccionario y xenófobo que, por su naturaleza violenta e intransigente, encierran evidentes peligros.

Una encrucijada histórica

A caballo de los años ochenta se produjo, en el panorama político y estratégico universal, el desarrollo de dos corrientes de la historia que han llegado a encontrarse en nuestros días constituyendo una encrucijada singular generadora de la actual situación de apasionada violencia en el ámbito árabe-musulmán, ya de por sí mismo tradicional y suficientemente complejo y tenso.

Por un lado, desde que en el año 1979 había triunfado en Irán la revolución jomeinista que destruyó —entre otras muchas cosas— el elemento de estabilidad política en el Oriente Medio que suponía el régimen del Sha, fuertemente interrelacionado a los intereses del mundo occidental en aquella zona, una parte del mundo árabe empezó a indentificarse con un ideal de fuerte raigambre religiosa.

Por otra parte, el hundimiento estrepitoso del mundo comunista ha producido la creación de una importante serie de focos de fuerte inestabilidad, crisis, e incluso enfrentamientos armados y sangrientos, caracterizados por su nacionalismo a ultranza que, en muchos casos, está teñido además de concomitancias de tipo religioso y carácter extremista. Es el caso de la descomposición de las repúblicas balcánicas, de la creciente inquietud en las antiguas repúblicas islámicas del sur del desaparecido «imperio soviético» o del renovado problema kurdo.

Una transcripción más o menos anecdótica de esta desazón política y espiritual que sienten los pueblos islámicos en el momento presente, epicentro de la encrucijada histórica que venimos señalando, podría ser —por el extraordinario impacto clarificador que encierra en sí misma— la manifestación hecha en Ammán por un joven palestino ante diversos medios de comunicación. «Hemos sido comunistas y hemos perdido. Hemos sido demócratas ¿y qué hemos ganado? Sólo nos queda un arma: el Islam» (10).

En el ámbito concreto del Magreb la llama de este renacimiento religioso de carácter casi mesiánico ha prendido especialmente en Argelia. El hecho llamativo y sorprendente para muchos analistas de la política internacional —al que ya nos hemos referido anteriormente— del triunfo del Frente Islámico de Salvación (FIS) en las elecciones municipales del mes de junio del año 1990 no representa más que la culminación de un proceso iniciado en aquel país algunos años antes.

A partir del año 1985, la rápida caída del crecimiento y la prosperidad económica de Argelia produjo una situación desesperada entre las masas proletarias del país que, en octubre del año 1988, les llevó a protagonizar las llamadas «revueltas del pan». Las directrices políticas del Frente de Liberación Nacional (FLN) habían llevado en menos de treinta años a Argelia desde su independencia nacional a un estado de postración económica que produjo el total desencanto de la población y especialmente de la juventud. El FIS, dirigido por Abassi Madani, supo recoger el descontento popular aprovechando la ventaja de poder incrementar el proselitismo desde las mismas mezquitas en favor de una fórmula religiosa y redentora que pretende superar el fracaso de las ilusiones regeneradoras que se basaron en las teorías sustentadas por Nasser, Sadat, Bumedien y Benjedid.

En el mes de diciembre del año 1991, en la primera vuelta de las elecciones legislativas argelinas, el cambio violento del favor político de las masas populares en favor del FIS quedó absolutamente reafirmado. Una contundente victoria que auguraba el triunfo por mayoría absoluta en la segunda vuelta de la opción fundamentalista, llevó a una intervención, totalmente antidemocrática pero evidentemente eficaz, de las Fuerzas Armadas de Argelia. Lo que ha sucedido allí desde principios del año actual es de conocimiento diario y actual y no merece un especial comentario.

La actualidad viva de este proceso integrista argelino es lo que aconsejó a tomarlo como hilo conductor de la situación en el Magreb en el aspecto de

(10) EMILIO MENÉNDEZ DEL VALLE. El Mediterráneo, un día después. *El País*. Madrid, 14 de febrero de 1991.

situar las corrientes fundamentalistas en este ámbito. Sin embargo, el problema puede y deber ser seguido también con detalle, por lo que a nosotros afecta, en los países vecinos donde también se está produciendo una escalada del integrismo islámico aunque con diversas características que en el caso argelino.

Lo que sorprende de este tema, en general, es la poca atención que se le venían prestando al mismo en los foros políticos internacionales.

A este respecto puede ser oportuno recordar que ya en el año 1937 el pensador español Ortega había lanzado una importante llamada de atención al escribir que Europa podía verse afectada súbitamente «por una sacudida del gran magma islámico». Y Julián Marías habría de apostillarlo hace un par de años, aproximadamente, diciendo que «el magma islámico no hace sino dar sacudidas cada vez más fuertes, sin que —por lo visto— interese averiguar su origen y su destino».

Palabras de Julián Marías que coinciden, en cuanto a la actitud europea de tradicional desinterés hacia el mundo de los árabes y de los musulmanes —que tantos puntos de contacto tienen entre sí, aunque évidentemente no son dos términos sinónimos— de mirarles despectivamente por encima del hombro, con aquella reflexión que un hombre singular que ha pasado a la historia con el nombre de Lawrence de Arabia dejó escrita en su obra *Los siete pilares de la sabiduría*. En ella puede leerse que:

«No había otra excusa o razón más que nuestra propia pereza o ignorancia para denominarles inescrutables u orientales, o darles de lado sin comprenderles».

El juicio es realmente duro para la cultura y el mundo occidental. Pero puede ser justo y exige una toma de posición, cuidadosamente ponderada, por nuestra parte.

Porque, en todo caso, una religión practicada por mil millones de seres humanos merece respeto y no puede despacharse con un simple análisis rutinario.

Tanto más cuanto una de sus manifestaciones de carácter fundamentalista constituye uno de los factores de desestabilización más importantes de los que, hoy mismo, existen en el entorno del espacio geoestratégico español. Es un «riesgo» que afecta directamente a las previsiones propias de la Defensa nacional en la más amplia de sus acepciones, y que debe ser considerado en todos sus posibles aspectos.

¿Que sabemos del Islam?

El antiguo embajador de España en Rabat, Alfonso de la Serna, nos recordaba en un magistral artículo periodístico que esta misma pregunta es la que se hacía en el año 1938, desde una revista teológica de Lovaina, un fraile franciscano de nacionalidad francesa que era —además— un hombre singular. Se llamaba Jean-Mohammed Abd-el-Jalil, era natural de Fez y procedía de una antigua familia del Al-Andalus cordobés. Una buena mezcla vital.

Será bueno iniciar nuestra búsqueda con alguna precisión que creemos indispensable. Los argelinos del FIS no se denominan a sí mismo ni fundamentalistas ni integristas. Se autocalifican de islamistas. Pero para entendernos sin cortapisas y estar de acuerdo con las expresiones que utilizan normalmente los medios de comunicación social occidentales, admitiremos, en un primer momento, que fundamentalismo coincide en el Islam con un legalismo que sostiene que el Corán tiene respuesta para todo, sin necesidad de influencias ni aportaciones ajenas al mismo.

Y aquí reside el meollo de la cuestión para un occidental que penetre en el mundo islámico. Estamos acostumbrados al mensaje evangélico que dice «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César». Para un musulmán, el Corán y la sunna son suficientes para determinar la forma de vida, en su carácter total y, por tanto, también para desenvolverse políticamente.

En las páginas que siguen —y que constituyen la razón de ser de este Cuaderno— encontrará el lector los elementos básicos para comprender el Islam en toda la amplitud de una religión que dio lugar automáticamente a la creación de una civilización y a la formulación de una política.